

españoles con repetidas y fervorosas pláticas, haciéndoles ver el grande daño que les acarrearía el espíritu de rebelion, y cuán contrario era á las máximas de la doctrina cristiana que les habia enseñado.

Fué más feliz este venerable varon en la pacificacion de estos gentiles recién convertidos que el venerable padre fray Antonio de Cuellar, guardian del convento de Etzatlan y segundo mártir de la Nueva España. Es verdad que uno y otro misionero habian trabajado mucho en aquietar á los indios, quienes siempre anduvieron con las armas en la mano, hostigados por el cruel modo con que los trataban algunos españoles que eran sus encomenderos; y lo que más excitaba el espíritu de estos héroes apostólicos, era la renuencia de aquellos neófitos en abrazar el catolicismo porque les prohibia el tener muchas mujeres, á que se añadía la fuerza del amor de los hijos que tenian en cada una de ellas, plaga que devoraba á todos los habitantes de las Indias Occidentales; y aunque tenian algunos bautizados, como eran pocos los ministros, no podian atender á tantas cosas, y vencer esta gran dificultad que luego sobrevino cuando se les predicaba la fe de Jesucristo. Discurrían con celo infatigable por muchos pueblos y provincias solo con el fin de sosegarlos y poner remedio á una

enfermedad tan difícil de curar, por estar tan arraigada en sus costumbres sensuales; y así como les enseñaba la experiencia que era imposible remediarla luego, tuvieron que disimular estos angélicos predicadores, esperando mejor ocasion, si bien Dios favorecia su sana intencion; porque multitud de indios dejaron la poligamia y se conformaron con una sola mujer, conforme á lo que previenen los sagrados cánones y determina la Iglesia Católica, que ha de ser una y legitima, lo cual les enseñaban como sus maestros en las cosas de la fe. Llegó el tiempo que al parecer de estos padres era oportuno para desterrar este abuso; y así, con valor, trataron de ejecutarlo, comenzando por las provincias cocas que comprenden la de Cuitzeo del Rio, de Pontzitan, Tonalá, Tlajomulco, Cajititlan, y las de los Tequejes, de Tonalá y Tzalatitlan, Ocotlan, Atemajac, Itzatlan, Tlacotlan, Mazatlan, Jaloscotitlan, Temuchapulin, Mitic y Cuacuala, los Tachos ó Cascanes, Teocaltex, Moxtlan, Tlaltenango, Juchipila, Tuix ó Teul, Cuixpatan, Tepeaca y Tzotzocola arrimados á esta nacion, los que estaban en las barrancas de Etzatlan. En breve tiempo los redujeron y sujetaron á las leyes del matrimonio legitimo, esto es, á la verdadera monogamia; y reducidos ya, el demonio hizo de las suyas para volverlos á sus abominaciones, y así (el

año de 1541) se sublevaron contra la nacion española, persuadidos de que aquella supersticion flaca y sin fundamento que dijimos sucedió en Guaynamota despues de la muerte del encomendero Juan de Arce, con que por este motivo y otros que se han apuntado, se persuadieron y movieron á tomar las armas y alzarse. Dentro de tres dias se pusieron en campaña, dando la voz de su detestable determinacion á los valles de Tlaltenango, Tepic, Nochiztlan: todos estos barbaros se empeñolaron con otros muchos que conspiraron en los cúes y en las albarradas de Nochiztlan y en la serranía de Juchipila, causando grandes estragos, porque quitaron la vida á muchos españoles y indios cristianos por fines del año de 1540 y principios de este de 1541, y en esta ocasion padecieron glorioso martirio los venerables padres fray Juan Calero y fray Antonio de Cuellar, cuyas circunstancias referiré por extenso en la historia de sus vidas ejemplares al fin de esta primera parte. Entretanto que perseveraban los indios en estos malos intentos y cuantas veces tomaba vuelo esta sublevacion perniciososa, el venerable padre fray Antonio de Segovia, como verdadero padre, solicitaba las voluntades de los tonaltecas y tlajomultecos, instándoles á que perseverasen en la amistad de los españoles y no apostatasen de la fe, no perdiendo

punto este varon celoso en que escudriñar los intentos ponzoñosos de los indios, halagándolos y acariciándolos con amonestaciones amorosas, pidiendo á Dios en la oracion fuese servido de domellar la fiereza de aquellos bárbaros. Y fueron oídos sus ruegos, porque las provincias de Pontziltan, Cuitzeo, Tonalá, Tlajomulco, Ocotlan, Atemajac y Tepatitlan, estuvieron quietas y sujetas á la voluntad de este bendito padre, á quien estimaban mucho; de modo que si no hubiera sido por mediar los respetos de este santo varon, más trabajos hubieran padecido los españoles, ó no quedara ninguno, porque fué causa de que no fuese la guerra y alzamiento tan dilatado y sangriento, y miéntras se trataba de la pacificacion de estos indios cascanes, discurría este apóstol por todas sus rancherías, predicándoles para que no apostatasen de la fe.

Despues que el Adelantado Don Pedro de Alvarado recibió en el paso del rio los plácemes y ofertas de los Caciques y señores del valle de Tonalá, que le suministraron todo lo necesario en prueba de su lealtad, para que refrescase su gente, que venia cansada de marcha tan forzada, pues en un dia y una noche atravesó la barranca de Tonalá, que era caminata de tres dias para tropa de infantería, preguntóles si eran tambien ellos los alzados, porque él venia á socorrer á los españoles y

á vengarlos de las matanzas que habian hecho en ellos, respondieron que nunca habian tenido semejante intencion; que los cascanes eran los alzados, y que ellos siempre habian sido fieles á los españoles, pues por haber salido en su defensa en lo del Mixton, les habian muerto cantidad de gente con los españoles que allí murieron. Replicóles el Adelantado, aconsejándoles se mantuviesen firmes en la lealtad que profesaban á los españoles, porque de no hacerlo así, los castigaria muy bien. Prometiéronle ellos guardarles y socorrerles en todo en sus tierras, y les mandó dar algunos géneros de Castilla, con que quedaron muy contentos y amigos; y luego les pidió le diesen indios y gente para pasar el rio grande y barranca para ir á la ciudad de Guadalajara, que estaba de la otra parte, y ya habia enviado aviso al Gobernador Cristóbal de Oñate de su llegada al rio grande (donde se junta otro rio que llaman Temacapuli, que viene desde Zacatecas), quien luego envió gente y algunos españoles con el capitán Juan del Camino, para que le fuesen á cumplimentar por su venida, y le fuesen sirviendo y acompañando hasta la ciudad. Cuando llegó el capitán Juan del Camino al paso del rio, halló al Adelantado pasándole con cuidado, porque venia muy crecido por ser tiempo de aguas; y así que le pasó, le besó las manos Juan del Camino de part

de su Gobernador; y tanto más gustoso le recibió el Adelantado, cuanto pensaba que (segun corrían las noticias) no quedaba español á vida en Guadalajara, y así venia á la ligera con sus cien soldados españoles á socorrerles en la presente necesidad. Renovó sus protestas al capitán Camino de no desamparar el Reino de la Nueva Galicia hasta dejarle pacífico ó perder la vida en la demanda, pues Dios le habia guardado para aquella ocasion, extraviándole del rumbo que intentaba por el mar, y sin pensarlo le habia traído adonde se hallaban; que esperaba tendria mucho mérito ante Dios y el Emperador, su señor, al ocurrir al remedio de aquel reino. Dióle las gracias por tan generosa resolucion el capitán Juan del Camino, y ambos fueron marchando para la ciudad, que estaba á tres leguas largas de allí, y á média legua ántes de llegar á ella encontró el Adelantado al capitán Gobernador D. Cristóbal de Oñate, que habia salido á recibirle con los pocos españoles que se hallaban en la ciudad. Se saludaron ambos generales y se abrazaron con demostraciones tiernas, y quedándose un poco atrás, cada uno fué tratando de sus cosas, muy contentos de verse juntos los dos más famosos capitanes que habia habido en la Nueva España desde que entró á conquistarla el insigne Marques del Valle; y habiendo llegado á la ciudad, fué conducido el Adelan-

tado á la casa del capitan Juan del Camino, quien estaba casado con una señora deudora del mismo Adelantado, que se llamaba Magdalena de Alvarado. Fué hospedado y muy regalado de toda la villa, pues todos los moradores esperaban con la entrada de este socorro verse libres de sus trabajos y que se allanaria todo. Despues que hubo descansado algunos dias el Adelantado, se trataron las cosas de esta guerra tan ruinosas, y pareció que no convenia esperar á los indios en la villa, porque era darles mucho ánimo y soberbia, sino irlos á desalojar de sus montes, y castigarlos como merecian. Habia llegado el Adelantado á la ciudad de Guadalajara á 12 de Junio de este año de 1541; y como tenia probadas las fuerzas con los indios mexicanos, de Guatemala y otras provincias, no hizo caso de los cascates, pareciéndole que seria muy fácil el sujetarlos, y teniendo á mengua del valor español esperar la fuerza del ejército que prevenia el señor Virey para enviar al Gobernador Cristóbal de Oñate, que le habia pedido socorro de gente en la apuración en se hallaba, quiso por sí solo ganar la gloria y triunfo, sin aguardar socorro, sin quererse valer de ningun vecino ni soldado de la ciudad; y sin poderlo estorbar los capitanes y otras personas graves y distinguidas que traía en su compañía, como era Don Luis de Castilla y Juan

Méndez de Sotomayor, determinó salir de la ciudad el dia de Santiago, solo con su gente, á pelear con unos indios que no conocia bien y en tierras pantanosas, circundadas de montes muy ásperos que les servian de guaridas. Antes de salir á campaña el Adelantado, le representó el Gobernador Oñate, diciéndole: « Mucho me pesa
« dejar ir á vuestrá señoría solo, porque se ha
« de ver en trabajos, pues los indios están muy
« insolentados y bien defendidos por los pantanos y sierras ásperas en que están empeñolados. Mejor seria esperar el socorro de México,
« y todos juntos, en tiempo más oportuno, sujetarémos á los indios rebelados, y sin riesgo
« les obligarémos á la paz. » No respondió á estas razones el Adelantado otra cosa, sino *que estaba la suerte echada, y que se encomendaba á Dios*. Despidióse del Gobernador y de todos los principales de la ciudad, y tomó su camino para el peñol y pueblo de Nochitzlan, animando á su gente; y despues que se fueron, recelando el Gobernador Don Cristóbal de Oñate de la fatalidad que les podia acontecer por la precipitada resolucion del Adelantado, mandó á unos veinte y cinco soldados, bien aderezados, que le siguiesen; y dejando el recaudo que le pareció necesario en la ciudad para su defensa, comenzó á caminar con ellos por los altos de Juchitlan y

las montañas de Nochiztlan, yéndose á poner en frente del peñol, hácia lo más alto, para desde allí ver en qué paraba la fuerza del Adelantado con los rebeldes. El puesto en que se colocó el Gobernador era una mesa alta y redonda, donde se habia situado la ciudad de Guadalajara la primera vez que se fundó, muy á propósito para su designio, porque desde allí se podia ver muy bien el combate del peñol sin que fuesen sentidos de la tropa del Adelantado.

CAPITULO IX.

LLEGA EL ADELANTADO DON PEDRO DE ALVARADO CON
SU GENTE AL PEÑOL DE NOCHIZTLAN
Y MIXTON, Y SU DESGRACIADA MUERTE.

Antes que entrase el Adelantado en el pueblo de Nochiztlan, envió batidores á reconocer sus entradas y mensajeros, que rogasen á aquellos indios con la paz, bajo el seguro del perdon de lo pasado y buen tratamiento en adelante; pero los indios, obstinados en su rebelion, no quisieron oír proposiciones pacificas y se recogieron en el Peñol, dejando algunos miles de ellos en el pueblo, que tenian bien fortalecido con siete albaradas muy fuertes que guarnecian las entradas. Quiso el Adelantado entrar en Nochiztlan, con nimo de sitiar despues á los indios en el Peñol

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1915